

EL TIEMPO DE LOS DONES INVISIBLES

Este libro está escrito desde la serenidad de la edad cumplida, contemplando la nada de los días ya idos. Y es esa casi nada la que sostiene la mayor parte de sus poemas: la fugacidad del tiempo y el sentimiento de pérdida que constante conlleva, los días felices, la fragilidad de la dicha con sus horas de júbilo y ese amor transmutado en “amparo sereno”, el consuelo de la naturaleza y la alegría de la amistad... son los temas de una obra generosa (72 poemas) tan trabajada como bien estructurada (tres partes de 24 poemas cada una).

Los poemas «Sombra» y «Presencia», primero y último del libro, podrían glosar, tanto temática como estilísticamente, el conjunto. «Sombra», una sabia mezcla de alexandrinos y endecasílabos de la que surge el milagro, quizá sea uno de los poemas mayores de la Generación del 50, a la que Dionisia García pertenece, aunque comenzara a publicar en 1976 (*El vaho en los espejos*) y siempre caminara al margen de los ya establecidos parámetro generacionales; Dionisia ha sido una voz solitaria que ha sabido hacer de la discreción virtud y de la constancia piedra de toque de su trabajo. Este poema, como digo, es un prodigioso canto al declive y al acabamiento; en pocas ocasiones puede asistir uno, con tanta serenidad y ternura, a la contemplación de una vida ya casi cumplida:

Al regresar prefiero traer lo más lejano,
aquello que llegando ilumina los sueños,
y descubro que soy de otro tiempo la sombra.
Fueron días pausados y dichosos
porque nada en el cielo es pasajero,
y yo miraba entonces el techo de los campos,
los turnos de la luna que ahora traigo aquí,
tratando de hacer luz en diferente espacio
con las cosas que son de tan dulce memoria.

Esta serenidad y ternura de la mirada al divisar la vida desde el declive es tan horaciana como machadiana y sitúan el poema en el marco de una tradición elegíaca, tan rica entre nosotros.

«Presencia» sirve de epílogo al libro, un cierre luminoso que viene a ser una lúcida y sutil (irónica y nada patética) despedida de la vida. El protagonista se hace a un lado del camino y prefiere contemplar lo que pasa a su alrededor; la vida que, callada, se manifiesta antes que definitivamente nos sea arrebatada:

No dejo las sandalias,
simplemente me aparto del camino
para ver quien transita.

Aquí cuento las horas
mirando la planicie y el viñedo,
los almendros en flor, el cielo rosa.

Este poema y el que también cerraba *Las palabras lo saben* (1993), aparte de en el número de versos, se diferencian en el tiempo; trece años que van de uno a otro, trece años de minucioso aprendizaje de la vida, tiempo suficiente para que la mirada del poeta se atempere, se llene de ternura y permanezca a la espera serena de “la sombra”.

A pesar de la memoria que traen las luces de otros días, Dionisia García no renuncia a los dones del instante. La anécdota experiencial se adelgaza al máximo,

Levantarse no duele, es caer en la cuenta
de que estar y no estar ya viene a ser lo mismo.
Importan los susurros, las voces que te amaron
y acuden sin cesar en el silencio.

Es la predisposición al goce de lo que la vida nos va dando lo que importa en «Aún», uno de esos poemas que justifican a un autor:

Todo se mueve y cesa al descender la tarde.
Le sonrío a la urgencia del ansiado crepúsculo,
y celebro el aún, mientras mis manos palpan
y me llevo a la boca, con sosiego,
el crujiente espesor de una manzana.

Idéntica idea planea en «Frente al invierno», donde es la esperanza del instante, su milagro, lo que nos salva:

No solo soy recuerdos,
trasiego vida nueva
que los otros me acercan,
y busco en las apuestas
el más hondo latido
caminando por mundos diferentes
de aquel vivir lejano.

El protagonista sabe que el invierno acecha, que es un “cercano horizonte” que habrá que abordar, en esa espera se otorga el privilegio de apurar los dones que los días nos traen, pequeños regalos invisibles para los más.

«La cierta referencia» es el título de la segunda parte. La referencia ineludible a la que alude el título es el tiempo, ese vigía invisible que nos sigue implacable:

Siempre el tiempo vigila.
[...]
Bien está que me siga
y su brazo invisible coja el mío;
que seamos iguales
sin saber dónde vamos.
Bien está, mas rehúyo
de su celo inquietante...

Esto nos dice en el poema «Inquietante devenir», si bien la apuesta, para burlar los pasos del tiempo, sea la rutina cotidiana, ese consuelo menor de las almas sencillas y generosas:

... y apuesto una vez más
por la luz que amanece
y me lleva al mercado,
por el amor que aún vive,
y el poema que ayer
con inquietud leía.

Esta poesía es un continuo canto a las pequeñas cosas que nos salvan del desgaste diario: un paseo, el sonido del agua de una fuente, un árbol, una flor cualquiera, las cosas inservibles que, sin fin, acumulamos... (v.p.ej.: «Alivio», «De los árboles» y «Lugares comunes»), un canto a lo menor, aquello que nos recuerda que somos humanos, frágiles y perecederos. Y, sin embargo, aunque el tiempo de los dones nos ha sobrepasado, encontramos algún poema que apunta al amor convertido en cálida y entrañable compañía o en generosa amistad, como regalos menores de la edad tardía. Así «Bien mayor», «Aliento» o «Temores», donde dice:

Es el amor pausado, la ternura,
el duradero tacto

que aún encuentra sus bienes
en la piel que conoce.

[...]

No se sabe hasta cuándo
esta fiesta secreta
de los canosos años.

«Acontecer», que cierra la sección, es uno de esos textos que nos gustaría haber escrito. La anécdota se reduce al mínimo, ha desaparecido todo atisbo experiencial; se sugiere, se reflexiona y medita como si uno estuviera hablando consigo mismo y no hiciera falta más.

La última sección, «A pesar de las ruinas», es temáticamente más variada y heterogénea que las otras dos. Abarca desde la visión retrospectiva de un arcádico ayer, como la magnífica estampa, sensual y costumbrista, «Apuntes de ayer», hasta la barbarie y la insolidaridad contemporáneas de «infamias» y «Escena premiada», poema este último que glosa una fotografía que dio la vuelta al mundo, premio Pulitzer hace unos años, con un buitre al acecho en la agonía de un escuálido niño africano. Hay, también aquí, poemas que cantan ese amor atemperado por los años que antes comentábamos; así «Alerta» y «Válida realidad»:

No importan los silencios,
ni nuestra soledad que de los otros llega,
si el tacto de tus dedos percibe todavía
el temple de mi piel,
y nos redime aún la luz de la mirada.

Asimismo encontramos, en «Mercaderes», el canto a la infancia labradora y a la casa, ahora puesta en venta, que albergó aquel milagro. Pero es la reflexión sobre el tiempo hecho memoria la que de nuevo se impone y nos habla, con serenidad y sin estridencias, en poemas como «Voces»:

El aviso ya llega y quiero dar la cara,
hacer frente al acoso con la verdad presente,
apreciado el momento que ahora se me brinda,
la dignidad del gesto, el haber sido,
y esa dicha en nosotros todavía posible.

Y en «Canto necesario», poema de la cuerda de «Presencia» que comentamos al principio y es epílogo del libro, que viene a ser una asumida y tierna despedida de la vida, con un dolor humanizado y hecho gozo:

Nos duele que la luz nos abandone
y pasemos a ser meros escombros,
olvido nada más de la existencia,
lentamente extinguidos en la niebla.

Sin embargo, compensa la aventura
de entregar a los otros el testigo.

Es el tiempo de los regalos menores, el tiempo de los dones invisibles (para la inmensa mayoría) lo que Dionisia García celebra en este su último libro.

José Luna Borge
Clarín, nº 63, Oviedo, mayo-junio de 2006